

SOBRE *DESDE EL ALBA*

Un hombre es todos los hombres, le leí alguna vez a Borges. Este poemario tiene esa unicidad de narrador: desde el principio de la vida de todos los hombres, hasta la muerte de uno y todos.

Baste decir que *Desde el Alba* fue primeramente publicado en papel en 1988 a través del premio Florián de Ocampo, de la Diputación de Zamora, con un jurado que honra a este autor y de cuyos nombres no quiere aprovecharse.

Como claves a este conjunto de poemas, limitémonos a unos nombres: Platón y John Dunne, ingeniero y pensador irlandés. El primero aportó los mundos de las ideas y de las apariencias; el último, su teoría del tiempo serial, ya en sí poética, que cala en las imágenes y la misma estructura de los poemas.

No creo que este libro sea para el amante de la poesía desnuda; aunque también es cierto que el misterio del poema puede obrar milagros. Dejo un par de muestras:

...and man became a living soul.
Genesis, II, 7.

II

Toda la noche, instintivo, había cruzado
la densa llanura del olvido.

Mis ojos no habían entrevisto
las cosas que no eran y serían:
el mar inteligible y amado,
los fuegos y los dioses,
las amplias avenidas imposibles,
los obeliscos, los bares y los subtes,
las estaciones, los suburbios.
la esquina prometida.

El sol, puntual, desmenuzaba
misterios en el este.

una brisa íntima, acaso un aliento,
me insinuaba lejanía de horizontes, espacios
sin márgenes, divinos.

Los otros animales cotidianos
sorprendidos
huían de mi olor. En una rama
cantó un pájaro y mi rostro
amaneció.

XXVIII

Desde aquel punto perfecto de mi origen,
tal vez de voz divina, tal vez de pura nada,
he viajado.

El silencio ha precedido, y continuado,
a mi palabra.

El camino andado es un desierto, sólo el aire mana.
Ya ha nevado —blanca
se esparce la llanura— y ni una huella queda
que hienda las arenas, que marque el suave polvo,
que recuerde
mi larga figura de tiempo enarbolada.
Ya nada queda, como antes al moverse el día
de otros días que pasaron,
de mis ecos corpóreos,
de mis adioses —tanto adiós—
que desgajaban mi sueño de otro sueño
como se desgaja, morosa, la tierra de la noche
con un charco de sangre en la mañana.

Ya nada queda. Ni la mano obediente,
ni el pie obstinado al viaje,
ni aquel atardecer erguido junto a ella,
que caminaba a mi lado
como ayudando a reclinar la tarde.

De mi paso
no perviven ni el silencio ni el vacío:
todas mis figuras progresivas
me han seguido,
han abandonado sus perfumados cálices,
sus blancos rostros como de luna trémula,
sus órbitas imprevisibles,
y aquí están, a la orilla de mi etérea mano, están
cubriéndome ya de sinfonías,
completándome de reflejos y de cantos,
transfigurándome, lenta, lentamente,
en esta extensión perfecta como la extensión primera,
en este abierto mar, en esta
abierta infinitud de azules imbatibles,
aquí, en la muerte.